

# Hillel Halkin

## ¡Melisande!

## ¿Qué son los sueños?

Traducción de Vanesa Casanova

Primera edición, 2014

Título original: *Melisande! What Are Dreams?*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Hillel Halkin, 2012

© de la traducción, Vanesa Casanova Fernández, 2014

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía del autor: © Yoav Etiel

Fotografía de cubierta: © Spencer Grant/Getty Images

Fragmentos del poema *Oda a Psique* de John Keats: versión de Rafael Lobarte.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-15625-73-5

Depósito legal: B. 1.148-2014

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Cuando Jerome Spector me divisó a lo lejos sentado en una cafetería del aeropuerto de Madrid, llevaba sin verlo desde la ceremonia de graduación del instituto. Él iba camino de Singapur, ataviado con un traje de tres piezas y gafas con montura dorada y seguía siendo el mismo pelmazo alegre que yo recordaba.

Lamenté que me hubiera reconocido. Mientras esperaba el vuelo nocturno a Málaga, repasaba una conferencia que debía dictar a la mañana siguiente: si no la terminaba entonces, tendría que levantarme temprano para acabarla en mi habitación del hotel. Pero también Spector tenía tiempo antes de la salida de su vuelo y quería que yo me enterara de lo bien que la vida lo había tratado desde el día de nuestra graduación. Ahora era socio en un bufete de abogados de Nueva York especializado en fusiones y adquisiciones y estaba de viaje para negociar la compra de una armadora de Singapur por parte de un consorcio hispano-estadounidense.

Al despedirnos, me había convertido en todo un experto en buques mercantes; también en la carrera como abogado de Spector, sus dos matrimonios, varios hijos

y sus opiniones sobre el déficit comercial de Estados Unidos. A cambio, le expliqué que mi conferencia guardaba relación con un libro escrito por un filósofo musulmán del siglo XI llamado Abu Hamid al-Gazali, titulado *La incoherencia de los filósofos*.

—¿Sabes árabe? —me preguntó Spector.

—No —le respondí—. Es una traducción. Yo me dedico a la filosofía antigua, de los griegos a la primera edad media.

—Siempre pensé que terminarías siendo escritor. ¿No editabas tú la revista literaria el último año del instituto?

—Sí —dije.

—Estabas con Ricky Silverman y Mellie Milgram, ¿no?

—Sí, los tres —dije yo.

—No recuerdo cómo se llamaba.

—*Helicón*.

—Eso, *Helicón*, pero nunca supe lo que significaba.

—Se decía que era el monte en el que habitaban las musas.

—Yo creía que vivían en el Parnaso. Imagino que te enterarías de lo de Ricky.

—Sí.

—Dave Dorenson me lo contó hace años. Seguimos en contacto. Siempre me he preguntado qué habrá sido de Mellie. Melisande, se llamaba.

—¿Sí?

—Me lo dijo una vez. ¿Sabías que Fred Abrams fue senador por Nueva Jersey? Acuérdate de lo que nos reímos cuando se presentó a presidente de la asamblea escolar.

Por fin anunciaron su vuelo. ¿Por qué los pasajeros que hacen cola en la puerta de embarque me recuerdan siempre a los muertos que esperan a cruzar en barca el río Estigia, con la tarjeta de embarque en la mano en lugar de una moneda bajo la lengua para Caronte el barquero?



*Melisande! Was ist Traum?  
Was ist Tod? Nur eitel Töne.  
In der Liebe nur ist Wahrheit,  
Und dich lieb ich, ewig Schöne.*

¿Recuerdas, Mellie? ¿La cabaña junto al estanque, el agua fría, helada, nuestros cuerpos desnudos calentándose al amor del fuego?

Vimos el sol ocultarse tras el estanque. Los árboles otoñales se reflejaban en las aguas. Crecían boca abajo, los troncos titilantes descendiendo hacia las ramas. Dijiste:

—Es un mundo de hadas. ¿Tú crees que sigue habiendo ninfas y ondinas ahí abajo?

—Es fácil entender por qué la gente creía en ellas —dije yo.

—Sí —dijiste tú—. Eran jóvenes e insensatos. Ahora, hasta las ondinas son viejas y sabias. Miran hacia arriba, hacia el reflejo de los árboles en el cielo, y dicen: «Es fácil entender por qué una vez creímos en seres terrenales».

—Cuando estábamos en el instituto —dije yo—, Ricky me contó que una vez, en tercero o cuarto, estaba mirando por la ventana cuando de repente se preguntó cómo sabría si lo que estaba contemplando no era un sueño. Quizás no hubiera nadie a su lado y todo desaparecería cuando se despertara.

—Sin dejar ni rastro —dijiste tú.

—Le dije que a mí también se me había pasado por la cabeza algo así. Aunque lo que yo pensaba era: imagínate que alguien me está soñando y que este alguien se despierta.

—¿Tuviste miedo? —preguntaste.

—Un poco —dije—. ¿Tú no lo habrías tenido?

—Sí —dijiste—, pero me habría asustado un poco más de haber sido Ricky.

¿Te acuerdas? Si uniéramos todos nuestros recuerdos, ¿serían acaso la parte más minúscula de todo cuanto hemos olvidado? Si añadiéramos aquello que solo creemos recordar, ¿serían acaso la parte más diminuta de entre la más diminuta?

Ricky y yo nos conocimos en el comedor del instituto, a comienzos del segundo curso. Aquel sótano grande tenía un techo bajo del que colgaban los envoltorios de papel de las pajitas para la bebida. Algún tirador con excelente puntería había descubierto que si abrías el envoltorio por un extremo y humedecías el opuesto, al soplar la pajita el envoltorio salía disparado y se quedaba pegado al techo. Había tantos que colocar un nuevo envoltorio en algún lugar libre era parecido a una competición de arco. La costumbre se toleró y llegó a adquirir la inviolabilidad de una tradición.

Se armó un buen jaleo al otro extremo del comedor. Alrededor de una mesa se había congregado una multitud. Me abrí paso y oí cómo alguien decía: «Tío, Syngman Rhee es un puto fascista. ¡Él empezó la guerra!».

—Y una mierda.

—Es un hecho.

—Sí, ¡en el *Mundo Pajero*!

—Pues mejor que el mundo dinero de tu *Times*.

Me abrí paso entre el gentío para poder ver al chico sentado a la mesa. De piel clara, nariz fina y pelo negro y abundante, parecía disfrutar siendo uno contra muchos. «Entonces —le preguntaron—, ¿cómo explicas que el ejército surcoreano se estuviera batiendo en retirada apenas una hora después de haber lanzado una ofensiva por sorpresa?»

—Hermano—respondió él—, ¿y tú cómo explicas que el otro día mi perro atacara a un gato en el parque y después se diera la vuelta y saliera corriendo? Pues echó a correr porque el gato lo arañó de lo lindo.

Cuando la multitud se dispersó, yo me quedé rezagado. Aquel chico tenía una mirada peculiar: un ojo te miraba directamente, el otro se quedaba atrás, como los puños de un boxeador. Al devolverle la mirada, vi que tenía un ojo de cada color: el verde te lanzaba un gancho, el marrón mantenía la guardia. Sonrío y dijo:

—Me apuesto algo a que tú también piensas que soy un bocazas.

—Y tú ganas.

El perro de Ricky se llamaba *Pinky*. Era un scotch terrier pequeño, con tanto miedo de que lo abandonaran que había que encerrarlo en el ropero del piso de los Silverman en la avenida West End para que dejara de defender la puerta contra cualquiera que quisiera salir.

Los padres de Ricky eran militantes del Partido. Ralph Silverman trabajaba de contable en el ayunta-

miento. Tillie Silverman era farmacéutica. Una o dos veces por semana salían de noche sin decir adónde. Según Ricky, tenían las llaves de un piso franco y siempre tenían una maleta preparada por si tenían que salir por patas. Puede que fuera cierto. Corrían los años del macarthismo. Podrían haberlos encarcelado bajo la Smith Act.

Aquel otoño arrancó la primera campaña Eisenhower-Stevenson. Yo era un catorceañero anarquista que apoyaba a Stevenson. Timbrosa y profunda, su refinada voz me estremecía.

Ricky se reía de mí. «No es más que otro político *bourgeois* —decía—. Si es por la voz, me quedo con Perry Como.» Pronunciaba *búshua* como si fuera un plato de un menú francés que ningún buen americano pudiera pronunciar correctamente.

Algunas noches paseábamos por Broadway y escuchábamos las proclamas que lanzaban los altavoces desde las camionetas. Aquellas fueron las últimas elecciones en las que se utilizaron a pleno rendimiento, cargando el gélido aire de octubre con su chisporroteo eléctrico: el último miembro de la antigua ágora griega en sumarse a las calles de la ciudad. La multitud se congregaba, los cuellos de las chaquetas subidos para protegerse del frío. Nadie se tomaba a mal las interrupciones de los asistentes. Solamente una vez, cuando a Ricky lo llamaron «comunista cabrón» por haber gritado algo sobre los Rosenberg, me vi obligado a sacarlo pitando de allí.

No hablábamos mucho de política. Pasado un tiempo, las mismas discusiones se volvían aburridas. Nos importaba más el deporte. A mí se me daba bien; a Ricky,



mejor. Podía driblar y lanzar la pelota con ambas manos y correr hacia ti a toda velocidad con un balón de fútbol y pivotar a tu lado sin que pudieras ponerle un dedo encima. Pasaba de los entrenadores del instituto, que le suplicaban que hiciera las pruebas de selección, pero una primavera se presentó a los entrenamientos de béisbol porque alguien lo había retado. Hizo un doble y un triple, sacó del campo al jardinero derecho y se despidió haciendo un gesto de desdén con la mano cuando le ofrecieron un puesto en el equipo titular.

Éramos un montón del West Side: Danny Shapiro, Ben Hyman, Henry Taub, Eddie Bronstein, Ricky y yo. Solíamos ir con un balón de baloncesto a Riverside Park en busca de alguna pista vacía o, si no había ninguna libre, retábamos a alguien. Si ganabas, la pista era tuya hasta que perdías. Nunca se discutían las jugadas del otro equipo. Eran los adultos (árbitros, jueces de línea, cualquiera en una posición de autoridad) los que te obligaban a hacer trampas o a jugar sucio. En su ausencia, si una bola salía y tú decías que no había salido o si hacías una falta y lo negabas, podía estallar una pelea y adiós al partido. Había que ser justo. Todos sabíamos que el mundo sería mucho mejor sin los mayores.

En uno de aquellos partidos vi a Ricky jugar mucho mejor que un chico del instituto George Washington al que habían elegido para el combinado *all-star* de la ciudad aquel año. Nada lo perturbaba, salvo las palomas. El parque estaba plagado. Los ancianos se sentaban en los bancos y esparcían migas de pan, y las aves, más orondas que la gente, se arremolinaban y reñían por las migajas. Eran tan tontas que si una miga se les caía del pico, se olvidaban de ella y se ponían a buscar otra. Algunos ar-

tistas las entrenaban para que comieran de su mano y se posaran sobre sus brazos como si fueran las ramas de un árbol. Ricky los llamaba *los migabundos* y los rehuía.

En cierta ocasión una paloma se le acercó volando desde el hombro de un migabundo y le entró un ataque de pánico. Lanzó la pelota en dirección a la paloma. Al fallar el lanzamiento, se cubrió la cabeza con la camisa y gritó.

—Son capaces de sacarte los putos ojos a picotazos —dijo, una vez la paloma salió volando de allí.

—¿De dónde te has sacado eso? —dije yo—. Te referirás a los cuervos.

—Me refiero a las palomas —respondió él—. Cumplen órdenes de los migabundos.

A veces echábamos una partida al billar o a los bolos en una bolera de Broadway donde podíamos jugar a cincuenta centavos la partida y nos regalaban una gratis por cada pleno. Sentado en la fosa, detrás de los bolos y oculto a la vista de los demás jugadores, te sentías como un titiritero hasta que una bola se acercaba re-tumbando y creías estar esquivando misiles lanzados desde una catapulta.

Una vez, camino de casa, paramos a comer en un Horn & Hardart's. Ya han desaparecido todos esos sitios con máquinas expendedoras. Tenías que introducir un dólar en la caja, recoger la avalancha de monedas de cinco y diez centavos que salían disparadas como de una tragaperras y meterlas en las ventanitas con bocadillos, pasteles y otras cosas.

Un niño lloraba junto a la ventanita de los bocadillos de jamón. Tendría diez u once años, llevaba puesta una gorra sucia de los New York Giants y la nariz le mo-

queaba tanto que se le había formado una resina amarillenta.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ricky.

—He metido cuatro monedas de cinco centavos y no me ha caído ni un bocata —dijo el chico.

En la ventana se leía 25 CENTAVOS.

—Mete otra —le dije yo.

—No tengo más.

Busqué una moneda de cinco centavos en el bolsillo. Ricky le dijo: «Dame tu gorra, chaval».

El muchacho lo miró, temeroso.

—Venga, dámela.

Le dio a Ricky su gorra de los Giants. Ricky se la llenó con un dólar en monedas y se la devolvió. «Larguémosnos de aquí», dijo, como si fuéramos una pandilla de rateros.

Mucho antes de la celebración del Vigésimo Congreso del Partido, a los padres de Ricky les llegaron rumores. Intercambiaron unas palabras cortantes, en clave.

—No deberías haberlo atacado de semejante manera.

—Es un trosko, Ralph.

—No es un trosko, ¡por el amor de Dios! No sé por qué dices eso. Solo te está pidiendo que te enfrentes a lo ocurrido. Se cometieron errores.

—Es irrelevante. Los errores los cometen las personas, no la historia.

Se veía que Ricky estaba pasándolo mal. Podía aprovechar para meterme con la Unión Soviética sin ganarme inmediatamente su desdén. Incluso me sorprendió cuando dijo: «¿Sabes? A lo mejor Trotski tenía razón».

—¿Y eso? —pregunté yo.

—Dijo que la dictadura del proletariado se había convertido en la dictadura de la burocracia del Partido. Que hacía falta otra revolución para que los trabajadores recuperaran el poder.

Estábamos en tercero. Ambos nos habíamos apuntado a la clase de escritura creativa de Caroline Ames. Uno de los primeros ejercicios que nos puso consistía en redactar una breve descripción del alumno sentado a nuestro lado. Yo me senté junto a Joanna Steiglitz y mi descripción comenzaba así:

«Sus pendientes me marean. Dice que son de México, pero ¿quién sabe de dónde es su mirada?».

Los largos pendientes plateados de Joanna eran de la tienda de Fred Leighton, situada en la calle MacDougal. Solíamos coger la línea D del metro hasta Washington Square después del colegio —Joanna, Ricky, Julie Rappaport, Peter Spatz, Peter Alcalay, Andy Galton— y sentarnos en el Figaro o el Rienzi para tomar café expreso y fumar y hacer como que estábamos en París. A veces, si los padres de alguno no estaban en casa, nos reuníamos en su apartamento. Peter Alcalay solía llevarse la guitarra y nos sentábamos en el suelo con un galón de vino y vasos de cartón y cantábamos canciones folk, espirituales negros y canciones de la guerra civil española hasta que nos tumbábamos de espaldas, mi cabeza apoyada en el regazo de Joanna y la de Joanna en el de Julie y la de Julie en el de Peter Spatz, y entonces Peter Alcalay se pasaba al *blues*. Era bueno. Años después grabó un disco con una pequeña discográfica.

En una de aquellas noches de sábado, cuando los últimos acordes de la guitarra se disiparon en un silencio

de ensueño, alguien puso un disco de Bill Haley y bailamos *jitterbug*. Tú y yo bailamos juntos. Me costaba seguirte. Nadie sabía moverse como tú. Ricky nos observaba. A pesar de su buena coordinación, no le gustaba bailar. Al rato, me apartó y me llevó hasta la cocina.

—He estado leyendo un libro de Albert *Queimis* —dijo.

—¿Cuál?

—*El mito de Sísifo*. Ya sabes, el tío ese de la mitología griega que tiene que empujar una piedra montaña arriba. Y siempre que está llegando al final, la piedra rueda colina abajo y tiene que volver a empezar.

—¿Sí? —Y yo quería volver contigo.

—*Queimis* dice que la Revolución es igual. Al final, siempre te aplasta. El hombre rebelde es aquel que no se rinde. Sigue empujando la piedra montaña arriba, aun cuando sabe que es absurdo. La cuestión es si es o no es un gilipollas.

Camus fue solo el comienzo. Ricky se lanzó a los libros como si estuviera seguro de encontrar la respuesta en ellos. Yo lo seguí porque no quería quedarme rezagado. Vaciamos las estanterías de la sucursal de Bloomingdale de la biblioteca pública en la calle 100 como si estuviéramos en las rebajas. Y todo sin orden ni concierto. Leímos a Platón y a Herman Hesse y *La montaña mágica* y *El retrato del artista adolescente* y *Así habló Zaratustra*, engullendo cuanto podíamos. Empecé *Tratado de la desesperación* de Kierkegaard porque en una edición en tapa blanda sobre existencialismo que había comprado en una librería de viejo lo mencionaban como una obra «seminal», palabra que tuve que buscar. Me rendí en la primera frase. Leí *El ángel*

que nos mira en tres días y me salté las clases. Leí *Pan y vino* de Ignazio Silone, *La náusea* de Sartre e *Hijos y amantes* de D. H. Lawrence.

Ricky se presentó en la clase de química del señor Tyson con *Crimen y castigo*. No levantó la vista del libro cuando le preguntaron la fórmula del ácido carbónico. «Richard. Silverman —dijo el señor Tyson—. ¿Nos haría usted el enorme favor de guardar ese libro y prestar atención?» «Lo siento —dijo Ricky sin dejar de leer—, pero aquí dice que si Dios no existe todo está permitido.» Lo echaron de clase y estuvieron a punto de expulsarlo del instituto.

Aquello inició su periodo Dostoievski. «¡Jesús! —me dijo—. Por las mañanas me despierto sin saber si soy el príncipe Mishkin o Piotr Verjovenski.» Estábamos repantingados en la cama de su habitación. «En un pasaje de *Los hermanos Karamázov* Iván le dice a Aliosha... Espera un minuto... que lo encuentre... Aquí, donde dice: “Imagina que tú mismo tejes el destino humano con el objeto de, en último término, hacer felices a los hombres, concediéndoles finalmente la paz y el sosiego, pero que para ello fuera imprescindible e inevitable torturar hasta la muerte a una única y diminuta criatura, por ejemplo un bebé que se golpea el pecho con el puño, y que sobre sus lágrimas sin vengar levantas dicho edificio. ¿Consentirías ser su arquitecto en tales condiciones? Dímelo, y di la verdad”».

—No puedo —dije yo—. Quiero decir, no puedo imaginar qué clase de edificio podría erigirse sobre la muerte de un bebé.

—No te preguntaba a ti. Iván se lo pregunta a Aliosha. Y Aliosha dice: «No, no lo consentiría». E Iván vuelve

a preguntarle: «¿Admites la idea de que esos hombres aceptarían de buen grado su felicidad, levantada sobre la sangre sin expiar de una pequeña víctima?».

—¿Y qué responde Aliosha a eso?

—Dice que matar al bebé sería imperdonable. Que solo Dios podría perdonar algo semejante.

—Entonces los bebés tienen un futuro brillante.

—Entonces Raskólnikov está equivocado.

—¿Por qué?

—Porque si Aliosha tiene razón, todo estaría permitido únicamente si Dios existiera.

—Incluso si existiera, eso no resolvería mi problema.

—¿Cuál?

—No es la muerte del bebé —dije yo— sino la mía.

Yo no quería morir, nunca. Quería contemplar un millón de puestas de sol, amar a un millón de mujeres, caminar por un millón de calles y carreteras solitarias. Mil vidas no bastarían. A veces, convencido de que había caído mortalmente enfermo, me daba miedo no tener ni siquiera una vida.

Había un chico en el instituto llamado Marvin Wolfowitz que llevaba kipá y tenía fama de ser un genio en ciencias. Un día, al pasar a su lado en el comedor mientras Marvin murmuraba para sí, Ricky le preguntó: «Oye, rabino, ¿qué es toda esa jerigonza?».

Marvin Wolfowitz le indicó a Ricky que esperara hasta que hubiera terminado y entonces le contestó con la ecuanimidad de quienes han visto a sus perseguidores llegar y desvanecerse con el paso del tiempo:

—Era una acción de gracias por la comida.

—Ah. Entonces, ¿sería justo dar por sentado que usted cree que hay un Dios en este mundo que escucha

sus plegarias, señor Wolfowitz? —preguntó Ricky con una voz parecida a la del señor Tyson.

—No —dijo Marvin Wolfowitz.

—¿No?

—El mundo está en Dios, no Dios en el mundo, aun cuando las propiedades formales de cualquier conjunto están al completo presentes en todos sus subconjuntos.

—Y, entonces, ¿dónde cojones está?

—¿Quién?

—Dios.

—En todas partes.

—¿Dónde?

—Aquí —Marvin Wolfowitz extendió la mano y la cerró de golpe, como si hubiera atrapado una mosca.

—¿En tu puño?

—Sí.

Nunca había visto a Ricky tan inseguro de sí mismo. Se volvió hacia mí en busca de ayuda, pero yo tenía fija la mirada en el puño de Marvin Wolfowitz. Un puño blanco y rechoncho, con la cutícula de la base del pulgar en carne viva.

—Está bien, Wolfowitz —dijo Ricky—. Ábrelo.

—¿Y por qué debería abrirlo?

—Porque si no lo abres tú, te lo abriré yo.

—Inténtalo.

Ricky agarró el puño de Marvin Wolfowitz e intentó abrirlo. Wolfowitz se resistió con una fuerza sorprendente. Cada vez que le abría un dedo, él habilidosamente cerraba otro. Ricky había enrojecido por el esfuerzo. El lado de su rostro correspondiente al ojo verdoso estaba más encarnado que el del ojo marrón. Al



final, abrió el puño de Wolfowitz. Tenía la palma llena de manchas de tinta mezclada con sudor.

¿Cómo podría haberte descrito, Mellie, de haberte sentado tú junto a mí en lugar de haberlo hecho junto a Jerome Spector? Quizás habría escrito:

«Al contemplarla, pregunto: ¿es ella el pájaro o la rama sobre la que se posa?».

Fue Spector quien empezó la discusión sobre tu poema. A mí se me había olvidado hasta que me topé con un número atrasado de *Helicón* que encontré al fondo de una caja de cartón. Caroline Ames nos entregó copias ciclostiladas y lo leyó en voz alta.

El mundo, reflejado en el filo del cristal,  
se torna masa y remolino abismal  
de rostros conocidos y rostros extraños  
y rostros amados y odiados al final.  
De quienes supe amigos, en buena hora,  
y de quienes me fallaron con mal gesto.  
Y de nuevo se mezclan y toman forma.

¿Por qué destaca tu rostro del resto?

—¿Alguien quiere comentar algo? —preguntó Caroline Ames.

—Es precioso, Mellie —dijo Julie Rappaport.

La mayor parte de la clase estuvo de acuerdo. Alguien te alabó por haber incluido el último verso suelto del

poema, concediéndole la misma importancia que a todos los demás. Alguien señaló que, «extraños», la única palabra sin rima, extrañaba a todo el verso del poema.

Fue entonces cuando Spector levantó la mano.

—Ya siento ser aguafiestas —dijo—, pero la rima de Mellie no es consistente. Tiene «cristal», «abismal», «extraños» y «final», eso es AABA. Y luego tiene «hora», «gesto», «forma» y «resto», eso es CDCD.

—¡Jesús, Spector! —dijo Ricky—. Es un poema, no una ecuación de segundo grado.

—La poesía tiene reglas, como el álgebra —respondió Spector.

Alguien respondió poniendo el ejemplo del verso libre. Alguien dijo que «hora» no rimaba con «forma». Alguien dijo que sí rimaba.

Caroline Ames escribió «asonante» y «consonante» en la pizarra. Peter Spatz me pasó una nota que decía:

—¿Es Jerome Spector anonante o coñonante?

Y mientras tanto tú escuchabas atentamente, volviendo la cabeza hacia cualquiera que hablara. Cuando ya no había manos levantadas, Caroline Ames preguntó:

—¿Te gustaría añadir algo, Mellie?

Negaste con la cabeza.

—¿Alguien más?

Nadie. Yo no había dicho ni pío. ¿Qué debería haber dicho... que ojalá que aquel rostro fuera mío?

Hacia el final del curso, Caroline Ames nos invitó a los tres al despacho de *Helicón* y nos pidió que fuéramos los próximos editores de la revista. «Sois mis mejores escritores —dijo—. Estoy segura de que haréis un buen trabajo juntos.»

Salimos a comer en un chino para celebrarlo. Tú intentaste enseñarme a utilizar palillos. A mí se me cayó en el té un trozo de cerdo al estilo Sichuan y pedí un tenedor.

Hablamos de nuestros planes para *Helicón*. Tú querías promocionar los premios de narrativa de ficción y poesía para animar a nuevos colaboradores. Publicaríamos a los ganadores y dotaríamos los premios.

Ricky creía que ya había suficiente ficción y poesía. Prefería los ensayos serios. «Leed el último número —dijo—. Son todo primeros besos y gotas de lluvia en las ventanas y ancianitas que una vez fueron jóvenes sentadas en un banco. Necesitamos verdades como puños, no sentimientos hermosos.»

—La belleza es verdad —dije yo.

—¡Y una mierda! Keats solo jugaba con las palabras. ¿Qué hay de verdadero en una mujer hermosa o de bello en el asesinato de los *kuláks* a manos de Stalin?

—No se trata de la mujer ni de los *kuláks*. Se trata de las leyes de la estética y de las reglas de la evidencia. Todas tratan de lo mismo: armonía, parsimonia, ausencia de contradicción.

—¿Las reglas de la evidencia explican por qué Mellie es tan sexi?

—Naturalmente. ¿No te parece, Mellie?

—Yo lo que creo es que estáis diciendo bobadas, siempre *hoo-ha* —dijiste—. Lo que no sé es quién es Hoo y quién es Ha.

—Mira a ver en el *Who's Hoo In America* — sugerí yo. Y así fue como a partir de entonces me convertí en «Hoo» para ti.

¡Aquella locura de viaje a Filadelfia!

Viajamos en autobús porque era más barato que el tren. Se celebraba un taller para editores de revistas literarias de instituto en el campus de la Universidad de Pensilvania. Los estudiantes ya se habían marchado, porque habían empezado las vacaciones de Navidad.

El taller terminó la tarde del segundo día. No volvimos a la terminal de autobuses Greyhound porque de repente te acordaste de que tenías una tía en Chestnut Hill y no podías marcharte de Filadelfia sin verla. «Será una visita rápida», dijiste, pero el taxi nos dejó en una calle equivocada y tuvimos que caminar más de una milla helados de frío. Cuando llegamos, tú y tu tía Trude no dejasteis de hablar en francés (nunca nos habías contado que habías nacido en Bélgica) y ella insistió en que nos quedáramos a cenar, lo que suponía que debíamos esperar a que tu tío llegara a casa. No había nada de qué preocuparse, dijiste, porque nos llevarían a la estación y el último autobús a Nueva York salía a las diez y veinte. Pero había empezado a nevar y tu tío decidió poner cadenas en las ruedas y eso le llevó mucho rato, y llegamos a la estación a las diez y cuarto, lo cual no habría sido un problema si tú no te hubieras equivocado y el último autobús no hubiera salido a menos veinte.

Tus tíos ya se habían marchado. No podíamos pedirles que volvieran a buscarnos en mitad de aquel temporal de nieve. Llamaste a casa desde una cabina, le dijiste

a tu madre que pasaríamos una noche más en el campus de Penn y le pediste que avisara a mis padres y a los de Ricky.

Fuimos a mirar el panel de las salidas. El próximo autobús a Nueva York salía a las seis de la mañana. Había un autobús que estaba a punto de salir con destino San Francisco.

—Vamos a cogerlo —dijo Ricky.

Por un instante, casi nos pareció posible.

El autobús de San Francisco se marchó. La cafetería cerró. La terminal estaba vacía, salvo por la presencia de los marginados que se refugiaban en esos lugares por la noche: los vagabundos, los borrachuzos, los maricas que buscaban ligue. Nosotros también parecíamos tres fugitivos.

Un hombre y dos mujeres entraron en la estación. El hombre entregó a cada mujer un paquetito y las dos se dirigieron hacia los aseos de señoras.

—Es su chulo —dijo Ricky—. Van a pincharse.

Tenías miedo de ir sola al lavabo y nos pediste que hiciéramos guardia en la puerta. Entonces alguien vomitó sobre un banco. Fuimos a buscar un café. La nieve se transformaba en agua helada en nuestros zapatos. Encontramos una cafetería con un único cliente que se había quedado dormido con la cara apoyada en un plato de patata rallada frita con cebolla. Nos descalzamos detrás del mostrador, nos quitamos los calcetines con la punta de los dedos y nos quedamos allí sentados hasta que cerraron. Después regresamos andando a la estación y elegimos un rincón donde tumbarnos. Utilizamos las chaquetas de almohada y nos tumbamos en fila, contigo en medio.

—Mellie —dije yo—, cuéntanos un cuento de buenas noches.

—¿De qué?

—De cualquier cosa.

Nos contaste una historia sobre una princesa y una polilla. La princesa vivía en un castillo rodeada de muchos sirvientes. Siempre que tenía hambre, le traían su comida preferida. Siempre que se aburría, había un juego nuevo al que jugar. No tenía más que bostezar y aparecía un palanquín.

—¿Qué es un palanquín? —pregunté.

—Es una cama que se lleva a hombros —dijiste tú.

La princesa se había cansado de todo aquello. Durante horas permanecía sentada mirando por la ventana de su habitación. Veía los torreones del castillo y, más allá, el foso y, más allá todavía, los campos y las montañas y las ciudades. Aunque quería explorar todo, sabía que sus padres, el rey y la reina, nunca le permitirían cruzar el foso a menos que se casara con un príncipe que la llevara con él a otro castillo.

La princesa decidió huir. Tenía miedo. ¿Cómo se las arreglaría ella sola? ¿Dónde encontraría albergue y comida?

Una noche, una polilla grande y gris se le acercó a la cama mientras dormía. Aleteaba sobre la mesilla de noche y decía:

«Si quieres abandonar el castillo, te daré un anillo con una piedra tan singular que es única en su especie. Te protegerá.»

«¡Un anillo mágico!», exclamó la princesa.

«¡Oh, no! —dijo la polilla—. Este anillo no tiene nada de mágico.»

«Entonces, ¿cómo me protegerá?», preguntó la princesa.

«Todo el mundo querrá comprártelo —respondió la polilla—. Te ofrecerán mucho dinero por él.»

«Entonces lo venderé —dijo la princesa— y tendré tanto dinero como necesite.»

«Yo en tu lugar no lo haría», dijo la polilla.

«¿Por qué no?», preguntó la princesa.

«Véndelo y verás», dijo la polilla.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, la princesa encontró un anillo sobre la mesilla. Se lo puso, avanzó hacia el pasillo a oscuras y permaneció de pie junto a la habitación de sus padres, que todavía dormían. Después bajó las escaleras del castillo de puntillas, giró el pomo de la pesada puerta, encontró al guardia profundamente dormido junto al puente levadizo, giró la rueda que servía para bajarlo y cruzó el foso.

—Continúa —dije. Tú te habías parado.

—No puedo —dijiste.

—¿Por qué no?

—Porque no sé qué pasa a continuación.

—¿Vendió el anillo? —preguntó Ricky.

No respondiste. Te miré con los ojos muy abiertos. En tu mejilla brillaba una lágrima solitaria.

Yo bajaba por las escaleras entre una clase y otra cuando alguien gritó:

—¡*Arjuna!*

Era Ricky. Estaba de pie en el rellano.

—¡Eh, Arjuna! ¡Lo encontré!

Con los brazos muy extendidos, declamó:

— «Sabias son tus palabras, Arjuna, mas tu penar es inútil. El verdadero sabio no llora ni por los vivos, ni por los muertos.

»Nunca hubo un tiempo en el que yo no existiera, ni tú, ni ninguno de estos reyes. No hay ningún tiempo futuro en el que dejaremos de existir.

»Al igual que el morador de este cuerpo atraviesa la infancia, la juventud y la madurez, así también en el momento de la muerte se traslada a otro cuerpo. Los sabios no se dejan engañar.»

No prestó atención a los alumnos y profesores que lo miraban fijamente.

— ¡Eso no me sirve! — grité yo.

¡Puto Ricky!

— Ay, venga, Hoo — dijiste—. Volverá en una semana.

— Si durante esa semana Ralph y Tillie siguen llamándome todas las noches, no sobreviviré — dije.

Estaban histéricos. Ricky les había dejado una nota en la que decía que se marchaba al oeste y que ya recibirían noticias tuyas.

Sobre una libreta en el despacho de *Helicón* había escrito:

«Después Tom empezó a hablar y hablar y dijo vamos a escaparnos los tres una de estas noches en busca de aventuras entre los indios, a su Territorio, durante un par de semanas. Y yo dije que vale, que por mí bien. Pero que tenía que salir en dirección al Territorio antes que los demás».

— Probablemente ahora mismo esté en una balsa Misisipi abajo — dije yo.



—Espero que no —dijiste—. Hay inundaciones. Lo vi en la tele. Acabará atrapado en lo alto de algún dique y tendremos que acudir con una escalera a bajarlo de allí.

Mi desazón por el hecho de que Ricky no me hubiera pedido que lo acompañara solo se vio agravada por el alivio que sentí cuando no lo hizo. Pero me gustaba tenerte toda para mí. El número de primavera debía estar listo en un mes y aún nos faltaba la mitad. No habíamos leído los relatos breves del concurso y podíamos olvidarnos del ensayo que Ricky tenía pensado titular «Un rajado entre el centeno».

Trabajamos duro, tú más que yo porque no te quedabas allí sentada mirándome todo el rato. Cuando estabas concentrada, la punta de la lengua se colaba por entre tus labios como si estuvieras a punto de humedecer un hilo para enhebrar una aguja. Me escribías notas con una caligrafía nítida y serpenteante en los márgenes de los relatos, luciendo el anillo de jade que yo te había comprado en Fred Leighton. Escribías: «Funcionaría mejor sin este pasaje», «Ni te molestes con este. Es un plagio de los cómics de *Romance verdadero*», «¿Tú crees que de verdad se acostó con ella?».

—No —respondía yo por escrito—, pero no le preguntes y lo obligues a mentir.

Aunque muy pocos lo habrían admitido, la mayoría de los chicos que yo conocía eran vírgenes. O al menos lo fueron hasta que, en ausencia de Ricky, nuestra pandilla del West Side fue a visitar a una prostituta. Eddie Bronstein había conseguido su número y había negociado una tarifa de grupo. Se la conocía como Lirio Negro y a mí me vacilaron un poco por decir que no visitaría a una prostituta con nombre de caballo.

Al día siguiente se presentaron en la escuela sonriendo de oreja a oreja y dando brincos como guerreros indios que regresaran de arrancar cabelleras. Solamente Eddie se mantuvo al margen. «Sinceramente —le pregunté—. ¿Qué tal ha estado?»

—¿Sinceramente? Sinceramente, creo que es mejor hacerse una paja —dijo Eddie.

Ninguno de los relatos era bueno. El primer premio eran dos entradas para ver *Esperando a Godot* y decidimos concedérnoslas a nosotros mismos. Era la *première* de la producción de Broadway con Bert Lahr. Después fuimos a una cafetería de la calle 57 y nos enzarzamos en una discusión sobre la obra.

Visitamos juntos el Museo de Arte Moderno. Tú permaneciste en pie un buen rato frente a *Noche estrellada* de Van Gogh. «Menudo es, ¿verdad?», dije yo.

—La ciudad está dormida —dijiste—. No sabe que el cielo se ha vuelto loco. El ciprés reza por ambos.

Ricky regresó dos meses más tarde. Había llegado hasta Wyoming haciendo autoestop la mayor parte del camino. Había trabajado embalando heno en un rancho cerca de Cheyenne y había aprendido a conducir un tractor y contaba historias sobre autopistas y paradas para camiones y moteles de cuatro dólares la noche y lugares donde había carteles de «Blancos» y «De color» en los lavabos y los ancianos negros te llamaban «jefe» y se bajaban de la acera para dejarte pasar. En Laconia, Tennessee, decidió ser él quien se bajara de la acera. El hombre negro que se le acercaba de frente se puso tan nervioso que se quedó completamente inmóvil. Se

acercó un coche y el conductor le preguntó a Ricky de dónde era. «De Nueva York», respondió. «¿No me digas? —dijo el conductor—. Entonces saca tu culo yanqui de aquí antes de que te lo ahúme y lo cuelgue de una viga.»

En Arkansas lo detuvieron por vagabundo. Vio la tele con el policía y jugaron a la canasta a dos manos. Lo encerraron en una celda por la noche y lo dejaron ir con una multa al día siguiente.

En el este de Misuri una mujer lo recogió, lo llevó a su casa, le vació la mochila en la lavadora y se lo llevó a la cama. A la mañana siguiente le dobló la ropa limpia, le preparó tostadas y café, le empaquetó el almuerzo y le dijo que saliera por la puerta trasera y que caminara tres manzanas hasta un semáforo donde podría tomar la ruta 30 en dirección oeste.

No se parecía a Lirio Negro. «Aquello sí que era un coño de verdad», dijo Ricky.

Ese mismo día alguien lo recogió y lo llegó hasta Cheyenne. Fue una experiencia extraña. «El tipo era vendedor de zapatos. Tenía que estar en Cheyenne a la mañana siguiente. Por eso tenía que conducir toda la noche. Yo le dije que no tenía carnet y él dijo: “No te preocupes, ya conduzco yo. Solo necesito mantenerme despierto. No quiero tener que darte conversación, conque no me hables. Tú te encargas de la radio. Asegúrate de que nunca esté apagada. No me importa si suena Jesús-te-ama o música, pero sin la radio me duermo”.

»El coche tenía una radio de botones. Estoy en tierra de maizales. No hay muchas emisoras que funcionen de madrugada. El vendedor va a ochenta millas por hora y

yo me veo apretando los botones como un loco porque temo que, si paro, nos mataremos. Encuentro música *country* de Omaha y luego interferencias, así que pongo un programa de entrevistas y después sale un predicador y Chuck Berry cantando *Earth Angel*, pero resulta que alguien está hablando de una venta de Pontiacs en Boulder y otra persona habla de tormentas en las Rocosas. Luego los pierdo y lo siguiente que oigo es “Esto es la WZBT en Spokane, Washington” y ya me dirás tú cómo demonios puede ser la radio de Spokane que está a miles de millas de distancia si no puedo pillar la de Omaha.

»Somos el único coche circulando por la carretera. Todo el puto país habla en sueños, él murió por tus pecados y serás mía y diez por ciento de descuento y temperaturas bajando, y resulta que no hay nadie escuchando más que este vendedor pirado que cierra un ojo y mantiene el otro abierto con un dedo y yo. Yo digo: “¿Por qué no para y duerme un poco?”, y él responde: “Me prometiste no hablar” y, como no quiero que me deje tirado en mitad de un maizal, aprieto otro botón. Al final los dos debimos de quedarnos dormidos, porque de repente me desperté y el coche iba derrapando por la carretera. Sabía que estaba a punto de morir —quiero decir, era evidente— y entonces fue cuando pasó una cosa rarísima. Solo que no me ocurrió a mí porque yo ya no era yo. Es como si yo explotara y me derramara sobre todas las cosas. Yo estaba todavía dentro del coche, pero también era el coche y la carretera sobre la que derrapaba y no me importaba estrellarme porque también era el árbol contra el que chocaría y la cuneta en la que acabaría. No duró más que un par de segun-

dos. Dimos dos vueltas y terminamos en la misma dirección en la que íbamos conduciendo. El muy hijoputa no paró ni siquiera entonces. Solo dijo “Hostia puta” y siguió conduciendo.»

Ricky se quedó un día en Cheyenne y volvió a coger la ruta 30. Un ranchero que conducía una camioneta lo recogió y le ofreció trabajo. Pasó seis semanas en un rancho y cogió un autobús de vuelta a Nueva York.

Estaba bronceado. Ralph y Tillie estaban encantados de tenerlo de vuelta en casa, pero ni siquiera tuvieron tiempo para celebrarlo, puesto que al día siguiente Ricky les comunicó que no volvería al instituto. Le suplicaron que cambiara de idea. Era la primera semana de junio. Había sacado buenas notas en los exámenes de acceso a la universidad, lo habían admitido en Cornell con una beca estatal y aún podía repasar para los exámenes Regents y graduarse con todos nosotros. Él se negó. «Es patético —me dijo después de una discusión en casa—. Me educaron con Big Bill Haywood y los Wobblies, y ahora se ponen histéricos porque no me quiero pasear por un campus de la Ivy League con chaqueta de pana.»

Ricky pensaba poner rumbo otra vez al oeste o embarcarse en un carguero. Había decidido vivir como un *bhikshu*.

—¿Un qué?

—Un vagabundo, Arjuna. El *bhikshu* se contenta con tener ropa suficiente con la que cubrir su cuerpo y algo de comida para llenar su estómago. Doquiera que vaya, así va tomando ambas según avanza, igual que un pájaro con sus alas, que allá doquiera que vuele, consigo lleva sus alas en su volar. Y así es como el *bhikshu* está satisfecho.

—¿Y cómo se contenta el *bhikshu* cuando quiera que se le acabe la comida? —pregunté yo.

—Mendigando. Al menos esa es la idea clásica. No estoy seguro de que sea aceptable en estos Estados Unidos. A lo mejor tengo que hacer trampas y ponerme a trabajar. Lo importante es estar en constante movimiento. Un *bhikshu* no se ata a ningún lugar.

Un *bhikshu* tampoco tenía ahorros. Además de lo que le quedaba del dinero ganado en el rancho, Ricky todavía tenía algo de dinero de sus partidas de bolos. En total, la suma ascendía a poco más de trescientos dólares. Fue sorprendente lo difícil que resultó librarse de todo ese dinero como pretendía, regalándolo en Central Park.

Lo acompañé a regañadientes. No me pareció una idea brillante y su intento de explicármela tampoco me convenció. «Claro que podría donar el dinero a alguna organización caritativa —dijo—, pero no es lo mismo que dárselo a completos desconocidos poco a poco. Es como tomar el... ¡Ay, a la mierda, tío! Vámonos.»

Aquello fue más como un primer coqueteo con la mendicidad. De las decenas de personas a las que nos acercamos aquel día, la mayoría se negó a aceptar el dinero de Ricky y a muchos de los que lo aceptaron tuvimos que engatusarlos. «¡Haced el favor!», gruñó una señora en el momento en el que nos adentramos por el camino que rodeaba el embalse en el extremo norte del parque. Más allá, una mujer negra que empujaba un carricoche con un bebé blanco nos regañó: «¡Coge ese dinero y devuélveselo ahora mismo a tu mamá o a quien se lo hayas robado!». Me lanzó una mirada acusadora:

«Y tú lleva a este chico a su casa antes de que se meta en líos, ¿me oyes?».

Era impredecible. Al cruzar los campos de béisbol al sur de la calle 86, Ricky le entregó un billete a un trabajador del servicio de limpieza que recogía desperdicios pinchándolos con una pica. «Disculpe, señor —dijo—. Hoy regalo dinero.»

Cuando aquel hombre retrocedió alarmado, levantando la pica como un cazador asustado, un caballero vestido de traje se nos acercó y dijo:

—Si no le importa, ya lo cojo yo.

Arrancó el billete de la mano de Ricky como se arranca una servilleta de un servilletero.

Un borracho desplomado junto a un árbol se embolsó prestamente su ganancia, como si tuviera miedo de despertarse de un sueño. Un hombre que leía el periódico tiró el dinero sin mirar, pensando que era un folleto publicitario. Una mujer vestida con blusa de seda y corbata me susurró las siguientes palabras mientras Ricky entregaba por partida doble un dólar a dos chicas sonrientes que iban patinando:

—No pierdas de vista a esa persona, jovencito. Voy a llamar a la policía.

El día anterior había habido tormenta y aquel era uno de esos días de verano en Nueva York en el que las ardillas bajaban a toda velocidad de los árboles para poder ver mejor el glaseado azul del cielo. Fuimos caminando en dirección sur, compramos polos de vainilla a un vendedor de helados Good Humor al que Ricky le dijo que se quedara con el cambio. En el puente que cruzaba el lago nos quedamos contemplando a los remeros que pasaban por debajo. Ricky hizo un avioncito

de papel con un billete de dólar y lo lanzó hacia el bote. Falló y el avión quedó flotando sobre las aguas verdes cubiertas de suciedad.

En el paseo principal que hay al otro lado de Bethesda Terrace, un ciclista rubio frenó para cedernos el paso. Ricky le ofreció cinco dólares. El ciclista dijo:

—El mínimo son veinte.

Ricky sacó otro billete de cinco y uno de diez y el ciclista se marchó.

Hubo gente que pensó que aquello era un ardid publicitario y buscaban la cámara oculta. Otros mostraban curiosidad. Ricky le dijo a un hombre con gafas de sol que tenía que ganar una apuesta y a una mujer con un crucifijo dorado al cuello que su sacerdote le había impuesto una penitencia. En el carrusel, le hizo saber a una madre que quería subir a su hijo a un caballo pintado que le quedaban dos meses de vida. «Eso si tengo suerte. Todos dicen que debería quedarme el dinero y disfrutar de ello, pero prefiero hacer el bien antes de morir.»

Nos llevó toda la mañana. «Ya está —dijo después de atar el penúltimo billete al hilo de un globo y dejar que se elevara por encima del zoo, cerca de la calle 59—. Me quedan cinco pavos. Te invito al taxi.»

El trayecto a casa costó dos dólares con treinta. Ricky le dio setenta centavos de propina al conductor y a mí me dio el resto. «Por las molestias, Arjuna», dijo.

Ricky no asistió a nuestra graduación. Cuando terminó, mandamos a nuestros padres a casa con nuestros diplomas y nos quedamos dando vueltas por el instituto. Después fuimos a comer pizza y permanecimos un rato



sentados a la mesa después de terminar, cogiendo del mantel trozos de la masa cada vez más pequeños. Hablamos de juntarnos de nuevo al final del verano y nadie hizo mención de lo que todos sabíamos. Catulo, ansioso por despedirse, lo sabía:

*iam mens praetrepidans avet vagari,  
iam laeti studio pedes vigescunt.  
o dulces comitum valete coetus,  
longe quos simul a domo profectos  
diversae varie viae reportant.*

Aquel verano mis padres se fueron de viaje a Europa. Los vi zarpar en el *Queen Elizabeth*. Tenía el apartamento todo para mí. Solía despertarme y quedarme tumbado en la cama viendo cómo los rayos del sol se filtraban a través de las venecianas. Me vestía y, al salir, me topaba con un gran golpe de luz y calor y desayunaba buñuelos o un brioche con pasas y café en una pequeña cafetería mientras leía el periódico, sintiéndome como un turista en una ciudad extranjera que hubiera visitado tantas veces que ya no necesitara ir a ninguna parte. Fue un verano dedicado a no hacer nada mientras esperábamos a hacer de todo, cosa que ocurriría en esos misteriosos lugares llamados Amherst y Swarthmore y Oberlin y Bard a los que iríamos en otoño. Pero incluso mientras perdíamos el tiempo que teníamos a manos llenas, sentíamos esa punzada de temor que siente el avaro cuando piensa no hay suma de dinero que sea tan grande como para andar malgastándola sin más.

Fuimos a la playa un par de veces. Tú, Joanna y Julie

llevabais vuestras cosas en bolsas de tela y Ricky, Peter Alcalay y yo enrollábamos nuestras pertenencias en las toallas. Cogíamos el tren hasta Brighton Beach o Coney Island como un grupo de peregrinos con sus alfombrillas de oración. Nos cambiamos en las taquillas y nos tumbamos en la arena a charlar y leer y, para refrescarnos, nos dábamos un chapuzón entre las olas. Nunca te había visto en bañador. Intentaba apartar mi mirada del lugar donde tus muslos (todavía un poco rollizos como los de una niña) se unían. En cierta ocasión una ola te arrojó sobre mí. Olías a sal y crema protectora y sentí cómo se me endurecía la polla y te solté. Me siguieron doliendo los huevos hasta pasado un buen rato.

Fuimos a un concierto en Lewisohn Stadium. La orquesta interpretó la *Quinta* de Beethoven. Los aviones volaban bajo sobre nuestras cabezas, camino del aeropuerto de LaGuardia e Idlewild, ahogando el sonido de la música mientras el público encendía cigarrillos y cambiaba de postura sobre los duros bancos de piedra. Los cigarrillos brillaban en la oscuridad de la noche. Mucho tiempo después, pensando en aquellos a los que nunca volví a ver (Jo Steiglitz, Julie, Andy Galton), nos imaginé a todos en el mismo universo oscuro en el que solo hacía falta brillar para ser visto.

En agosto recorrí Nueva Escocia en bici con Peter Alcalay. Tomamos un *ferry* desde Bar Harbor hasta Yarmouth, alquilamos las bicis y pedaleamos a lo largo de la bahía de Fundy.

Ricky aún estaba en la ciudad. Seguía esperando un pasaje para enrolarse como marinero que le había pro-

metido un amigo de su padre que trabajaba en el Sindicato Marítimo Nacional y me preguntó si podía vivir en mi casa mientras yo estuviera fuera. Había conocido a una chica, dijo, y necesitaban un lugar donde estar juntos.

Le di la llave y le pedí que se la dejara al portero cuando se marchara.

No se molestó en recoger. La cama de mis padres estaba deshecha cuando volví. Había migas en la mesa de la cocina y platos sucios en la pila. Una nota caída descansaba en el suelo, debajo de la mesa.

Debo de tener una colección bastante completa de notas escritas por ti. De vez en cuando aparecen entre las páginas de los libros entre las que solía meterlas. La semana pasada salió disparada una de mi edición del *Fedón* a cargo de Archer & Hind. Decía:

No olvidar:  
 tomates  
 lechuga iceberg  
 pepis (¡gordis no!)  
 1 ½ carne picada  
 2 berenjenas  
 parmisiano  
 2 botellas de Mateus  
 colada en lavandería

¡La lavandería de la avenida Columbus! Una vez dijiste que toda esa ropa girando entre la espuma te recordaba a un naufragio. Que era como mirar a través de un ojo de buey a los pasajeros ahogándose en mitad de la tormenta.

Los pepinos gordos te parecían harinosos. En mi opinión sabían igual de bien y se tardaba menos tiempo en pelar uno gordo que dos finos.

Debimos de tener invitados para cenar. ¿Quién? ¿Moysh y Linda? ¿Eve Trager y aquel novio suyo que se fue a Sudamérica a estudiar los monos aulladores? ¿Qué día sería? ¿Qué año? Miré el papel, la tinta descolorida. Intenté recordar por qué estaba leyendo *Fedón*.

Siempre es igual. Abro un libro y allí estás tú, recordándome que saque la basura o que recoja mis zapatos del zapatero, y me pregunto cuándo ocurrió todo aquello y te devuelvo hasta la próxima vez, al momento en que todavía no habrás aprendido a escribir «parmesano».

Pero aquella nota que encontré a mi regreso de Nueva Escocia la tiré. Reconocí inmediatamente aquella caligrafía serpenteante: «He salido a comprar bollos —decía—. Vuelvo enseguida».